

COMENTARIOS SOBRE "EL PARAISO PERDIDO" DE RODRIGO QUESADA MONGE

*Steven Palmer**

En su reciente ensayo, subtulado "Nueva Historia y Utopía en Costa Rica", Rodrigo Quesada Monge nos ofrece una contribución al debate acerca del papel del historiador en el contexto actual. Este es un contexto marcado por el aparente triunfo, a nivel global, del capitalismo sobre sus únicos modelos competidores, y el abrupto (y relacionado) desvío en el camino revolucionario en Centroamérica. El actual es sin duda un momento de crisis para los intelectuales que se han identificado, y que quieren seguir identificándose, con proyectos que buscan la justicia social y una democracia participativa y popular. Sin la contribución de intelectuales comprometidos, tales proyectos van a tener menos posibilidades de reanimarse en el futuro. Por eso es importante el llamado que hace Quesada para evitar una academización de la historia.

Por medio de una crítica de la llamada "nueva historia costarricense", Quesada urge a sus practicantes a seguir con

* Profesor desempleado, St. John's Newfoundland, Canadá.

los intentos de diseminar su conocimiento hacia las imaginaciones populares. Insiste en la necesidad de reconocer críticamente el papel político e ideológico de la historia en propagar o sancionar los mitos. Y por otra parte, subraya la importancia de superar el aislacionismo tradicional de los intelectuales costarricenses respecto de sus vecinos centroamericanos.

Quesada insiste en que la historiografía costarricense actual se está sofocando bajo el peso del tecnicismo y el empiricismo, obsesionada por adoptar nuevas metodologías. Como resultado, lo que se llama "nueva historia" ha podido ofrecer poco más que una nueva y tibia (aunque, curiosamente, muy peligrosa) versión de los mitos históricos erigidos por los social-demócratas de la década de 1940. Según el autor, la mayoría de los historiadores en cuestión son en realidad individuos aislados que buscan éxito y poder personal, mientras asumen posturas progresistas y se glorifican con designaciones atractivas como "la nueva historia". Para Quesada, los historiadores pueden evitar la esterilidad de estas tendencias guiándose por una visión y manera de pensar poéticas y visionarias. Además, tendría que ser una visión histórica capaz de sustentar nuevos mitos utópicos, los cuales se forjarían por medio de vínculos estrechos entre los historiadores y los movimientos populares.

Nos parece válido y oportuno abordar estos asuntos, y también creemos que es imprescindible seguir con este debate para la buena salud del quehacer histórico en Costa Rica y en Centroamérica. No obstante, como Quesada exige mucho de los historiadores, es justo que exijamos también de su ensayo el mismo rigor, coherencia y generosidad poética que, según él, están tan lamentablemente ausentes en el trabajo de los nuevos historiadores. El problema es que no los vamos a encontrar. Lo que más daña la credibilidad de este ensayo es su extrema selectividad frente a la evidencia, y una marcada resistencia a dar una justa representación de sus adversarios. Desde nuestro punto de vista, es una selectividad y una resistencia que neutralizan la validez de sus conclusiones acerca de la supuesta enfermedad que está afligiendo a esa que llaman nueva historia.

Empecemos con la insistencia del autor en que hablar de "nueva historia" en Costa Rica es, en sí, una presunción errónea, ya que "en realidad lo que seguimos teniendo son individuos aislados que escriben historia, sin esa vena romántica que tuvieron los liberales. Por eso aquí hablaré de 'nuevos historiadores', más que de nueva historia." Esta afirmación es bastante extraña considerando que más adelante en el mismo ensayo, Quesada se refiere a Paulino González como "uno de los hombres que más hizo por facilitar el surgimiento de eso que hoy algunos llaman 'nueva historia'". Lo extraño es que González mismo utilizó, con comillas para indicar una designación en vez de una ironía, el apelativo "nueva historia" en una primera y excelente aproximación a lo que era la nueva historia en Costa Rica, publicada en 1988 en la *Revista de Historia*.¹ Más aún, en ningún momento ese trabajo de González nos habla de este proyecto como algo formado por una dispersión de individuos aislados.

El artículo de González es a la vez impresionante y humilde: considera desde los efectos del "boom" demográfico de la década de 1950 en la formación de más historiadores para la docencia, hasta cómo el tipo de cambio y la oferta librera a principios del decenio de 1970, abrieron las posibilidades de leer más publicaciones extranjeras. Habla del papel clave jugado por varios intelectuales costarricenses y extranjeros que regresaron o vinieron al país en una coyuntura particular, con nuevos enfoques de la teoría y metodología de la historia. Y también señala la importancia de los grupos de discusión y de acción política-intelectual, como el CEIS y la CEMA. Pero sobre un aspecto, González es claro: "estas influencias se enraízan en las estructuras institucionales de la UCR" y, aunque no está tan informado acerca de los detalles, de la UNA también.² Está hablando, entre otras instancias, de la Escuela de Historia y Geografía, la Escuela de Historia, la Maestría en Historia, el Centro de Investigaciones Históricas, el Instituto de Investigaciones Sociales, la *Revista de Historia*, el *Anuario de Estudios Centroamericanos*, y el incremento de la labor editorial en el campo de la historia. Es decir, para González la nueva historia se define, por un contexto socio-político,

un proceso importante de actividad colectiva, y la institucionalización de núcleos para fomentar la investigación y divulgación de esas actividades.

Ahora bien, la cuestión de cómo abordar el relacionado tópico de la ideología de este aparato de producción histórica, y de su producto historiográfico, es otro asunto. Tal vez ese mismo proceso de institucionalización tiene sus problemas; tal vez (a pesar de todos los grupos de discusión, los proyectos colectivos de investigación y publicación, los seminarios de posgrado, las conferencias y otras actividades,) los historiadores costarricenses de hoy siguen escribiendo como si fueran nada más que individuos aislados. No lo vemos así, pero es una hipótesis que tal vez merezca más consideración. No obstante, hay que destacar que es bastante sorprendente que un discípulo de Paulino González pueda anunciar simplemente que lo que seguimos teniendo, en vez de una actividad colectiva o coordinada, enraizada en instituciones bien establecidas, son individuos aislados que escriben historia. Es aún más sorprendente que lo anuncie sin detenerse ni por un segundo en cuestionar la abundante evidencia que parece negar tal afirmación.

En la misma vena, Quesada insiste en que "nuestra historiografía es cada vez más localista y aldeana", pero otra vez no ofrece evidencia al respecto, ni considera los esfuerzos recientes de la "nueva historia" para superar esas tendencias aislacionistas: el intento de ampliar a un nivel centroamericano la Maestría en Historia; las investigaciones y publicaciones comparativas a escala centroamericana que claramente forman parte de una nueva "tendencia" entre algunos de los nuevos y viejos "nuevos historiadores" costarricenses; y el intento serio de asistir y suministrar apoyo a los últimos esfuerzos para reestablecer entre los historiadores centroamericanos vínculos y foros a nivel ístmico.³ Sería posible adoptar la actitud de Quesada, y responder que todo esto constituye nada más que un complot de la "nueva academia" tica para extender su proyecto imperialista por toda Centroamérica, burguesificando la agenda histórica en los otros países del istmo, mientras lava el cerebro de sus intelectuales para que acepten de una vez por todas que Costa Rica es realmente distinta y mejor que sus demás vecinos. Pero

para llegar a tal conclusión, habría que por lo menos reconocer los esfuerzos anti-aislacionistas de la nueva historia, los cuales otra vez parecen negar la declaración de Quesada.

La tercera ausencia extraña en las consideraciones de Quesada se relaciona con su preocupación de que lo que escriben los nuevos historiadores es, en realidad, historia elitista. Es claro que una buena parte de la nueva historia costarricense es leída por una élite, y que una parte de esta producción historiográfica es también elitista. No obstante, no entendemos por qué Quesada no menciona un intento reciente, creativo y bastante exitoso para difundir una historia popular de Costa Rica, proyecto en el cual él mismo participó como autor: los veinte fascículos de *Nuestra historia* patrocinados por la UNA y coordinados por Patricia Badilla.⁴ Obviamente, la lucha por mantener un interés popular en la historia, y realizar una historia popular, no se está ganando, ni se va a ganar fácilmente, pero ¿por qué resistirse a reconocer las contribuciones positivas a este objetivo?

El eje del ensayo de Quesada gira en torno de una polémica con algunos de los más publicados y conocidos de los nuevos historiadores. Su crítica de ellos (que, de repente, están puestos todos juntos como si, después de todo, no fueran unos individuos aislados, sino una tendencia o escuela) obedece a que postulan que Costa Rica experimentó su transición al capitalismo de forma excepcional, y más temprano que sus vecinos centroamericanos. No somos expertos en esta problemática, ni estamos al día con respecto al estado del debate respectivo. Desde nuestra perspectiva ingenua, la crítica básica de Quesada parece convincente: ¿cómo podemos hablar de una transición al capitalismo (en el sentido marxista) mientras la gran mayoría de los productores directos no han sido divorciados de sus medios de producción? Tal vez Samper, Hall, Pérez Brignoli, Gudmundson y Molina ya han contestado a esta pregunta; si no, esperamos con ansias sus respuestas. Pero, si leemos bien el argumento de Quesada, el mero hecho de haber postulado esta transición temprana y esta excepcionalidad, conduce a todos estos autores a aceptar que ese

capitalismo cafetalero fue portador de una verdadera civilización que puso a Costa Rica a la vanguardia del progreso en Centroamérica; a negar cualquier conexión entre la experiencia histórica de Costa Rica y la de los otros países del istmo; a abrazar la idea de que la democracia y el consenso en Costa Rica fueron resultados directos y deseables de este proceso excepcional; a rechazar la idea de que el imperialismo estadounidense jugó un papel decisivo en la articulación del capitalismo costarricense; y, más generalmente, a convertirse en apologistas y hasta portavoces de la ideología dominante.

Esta es una meta-hipótesis bastante seria en sus consecuencias. Para ser francos, no recordamos haber sacado conclusiones tan graves de nuestra lectura de estos autores, aunque tal vez una lectura crítica de la nueva historiografía revelaría unas tendencias en esa dirección. El problema es que el ensayo de Quesada ni se acerca a semejante lectura crítica: en ningún momento, su argumento está respaldado con -ni fundamentado en- citas o referencias específicas, ni siquiera ofrece una síntesis justa de las tesis de estos historiadores. Aparte de esto, tenemos mucha dificultad en aceptar la cadena de lógica que sostiene esta denuncia ideológica. Hace 25 años André Gunder Frank insistía en que el capitalismo regía en Latinoamérica ya en el siglo XVI, pero esta suposición estaba vinculada con un proyecto político de hacer la revolución socialista inmediatamente.⁵ Postular un capitalismo temprano no es, en sí, un acto intelectual conservador. Y aún si Quesada tuviera razón y el capitalismo propiamente dicho no se estableció en Costa Rica hasta la década de 1880, y bajo el dominio del imperialismo estadounidense, ¿según cuál ley de hierro debemos aceptar que, por haber ocurrido en la misma época y bajo el mismo poder imperial, la experiencia histórica de Costa Rica con el capitalismo dependiente debió haber sido, en su esencia, la misma que la de los otros países centroamericanos? Tal vez Quesada tenga respuestas a estas preguntas, pero ni siquiera las podemos inferir de su ensayo, el cual tiene más pronunciamientos que argumentos desarrollados.

La sección que comentamos del ensayo de Quesada incluye unos comentarios llenos de sarcasmo acerca de

"algunos intelectuales muy ilustrados" (pero nunca identificados) que se sienten heridos en el "corazoncito" por la palabra "imperialismo". Pero ¿quienes son? ¿Por qué no podemos conocer sus nombres? ¿Deberíamos aceptar, de buena fe, que de verdad existen entre los nuevos historiadores semejantes cobardes frente a las implicaciones de una concepción progresista de la historia? Por nuestra parte, creemos que no, porque las tácticas retóricas de Quesada son demasiado dudosas como para extenderles esa confianza. El ejemplo más obvio de esto último ocurre cuando Quesada cita unas palabras de Víctor Hugo Acuña para sustentar su afirmación de que los críticos contemporáneos del mito social-demócrata de la democracia rural, "para decir las cosas con claridad, nunca tuvieron el más mínimo interés por demolerlo. 'La mítica aspiración igualitaria requeriría un nuevo aliento' nos dice uno de los 'nuevos historiadores' costarricenses de hoy."

Para decir las cosas con claridad, estas palabras están citadas totalmente fuera de su contexto. De hecho, el trabajo de Acuña, escrito como ponencia en 1988, es una crítica muy fuerte y coherente de la manera en que los mitos de la "democracia" y el "pacifismo" inherentes de la experiencia histórica tica se estaban utilizando para sustentar un aislacionismo frente a la crisis centroamericana, y para presentar al electoralismo como la única forma legítima de practicar la democracia. Leamos ahora las palabras en su contexto:

"Una eventual redefinición de la democracia y de la cultura política costarricense tendría que pasar por una crítica de las prácticas culturales y simbólicas con que en la actualidad operan nuestros procedimientos de selección de gobernantes....El control vertical del Estado sobre la sociedad, tendría que desaparecer y probablemente el del mercado sobre ambos y, en la unidad básica de la sociedad, en las unidades de producción, el control vertical del capital sobre el trabajo. En suma, la mítica aspiración igualitaria requeriría un nuevo aliento. Ojalá que emerjan los movimientos sociales y los discursos utópicos que puedan ser portadores de una idea de la nación y de la democracia en donde, además de la pureza de las urnas, podamos ufanarnos del confort de los cuerpos, de la altura de los espíritus y de la libertad de las voces."⁶

No sé si Acuña o los lectores serían optimistas hoy en día acerca de cuán practicable es la esperanza allí expresada, pero

estoy seguro que todos pueden ver como Quesada ha tergiversado el significado del texto de Acuña para pintar como ideólogo de la cultura dominante a un historiador que, en realidad, estaba emitiendo un mensaje ético y político que, en sus líneas básicas, no difiere mucho de lo que Quesada aparentemente exige de los intelectuales.

Es una verdadera lástima que en el ensayo de Quesada predominen estos momentos infelices. El trabajo contiene un buen número de ideas que merecen una exploración coherente y, en última instancia, más allá de su superficie de ataques personales y de resentimiento, las intenciones del ensayo son buenas. Sobre todo, vale la pena reiterar, como hace Quesada, lo que ha dicho Octavio Paz acerca del historiador moviéndose en la frontera entre la ciencia y la poesía, e insistir en el poder renovador de la poesía en esta cultura cada vez más tecnificada. Sin embargo, esperamos haber demostrado aquí que el ensayo de Quesada cruza esa frontera y establece residencia en esa tierra de los poetas obsesionados con sus visiones.

Los historiadores de toda clase (aún los más poéticos), para poder hablar de verdades entre ellos, para poder crear a partir de su examen del pasado nuevas formas de conocer y actuar en el mundo, y hasta para poder vincularse orgánicamente a movimientos políticos y sociales y articular las bases históricas de mitos que señalarán una nueva Utopía, tienen que mantenerse anclados en el juego de la ciencia social, y superar sus reglas desde adentro en vez de ignorarlas desde afuera. Una parte fundamental de este ejercicio es la presentación y representación exacta de toda la evidencia disponible, y una evaluación sistemática de ella. Esto tiene sus inconveniencias, hace más difícil la tarea poética, y tal vez en última instancia van a ser la retórica y la poesía lo que más convence e influye en los trabajos históricos. No obstante -si se nos permite cambiar la metáfora- durante la época moderna han existido varios intelectuales bastante progresistas que suponían que sólo nadando en el gélido río de la ciencia podríamos desembarcar en las verdades históricas más profundas, revolucionarias y poéticas.

1. Paulino González, "Los avatares de la 'nueva historia'". *Revista de Historia*. Número Especial, 1988, pp. 27-50. De hecho, el artículo de González continúa con un debate iniciado a principios de la década de 1980 sobre la existencia de una nueva historiografía en Costa Rica. El afán de Quesada por disminuir la novedad y el aporte de la nueva historia emparenta su ensayo con trabajos previos escritos por Carlos Meléndez y Juan Rafael Quesada. Véase: Carlos Meléndez, "¿Una nueva generación de historiadores?" y "Entrevista a don Carlos Meléndez Chaverri". *Revista de Historia*. Nos. 11 (enero-junio de 1985), pp. 19-25 y No. 20 (julio-diciembre de 1989), pp. 11-18. Juan Rafael Quesada y otros, *Carlos Monge Alfaro* (San José, Editorial Universidad de Costa Rica, 1988).
2. González, "Los avatares de la 'nueva historia'", pp. 38, 42-43.
3. Por ejemplo, las tesis de doctorado sobre Centroamérica de varios de los historiadores costarricenses que se graduaron en Francia; la Historia de Centroamérica patrocinada por la FLACSO, en la cual participan varios historiadores costarricenses; las investigaciones recientes sobre El Salvador de Héctor Pérez, Víctor Hugo Acuña, Patricia Alvarenga y Mario Samper; los cursos cortos que en años recientes historiadores ticos han impartido en las universidades de otros países centroamericanos; y la asistencia de unos 25 historiadores costarricenses al Primer Congreso Centroamericano de Historia, celebrado en Tegucigalpa, Honduras, en 1992.
4. José D. Gil, "Nuestra historia: un intento de popularizar la historia", *Revista de Historia*. No. 25, 1992, pp. 229-234.
5. Ernesto Laclau, "Feudalism and Capitalism in Latin America". En: *Politics and Ideology in Marxist Theory* (London: Verso, 1977), pp. 16-34.
6. Víctor Hugo Acuña Ortega, "Epílogo: Democracia y cultura política en Costa Rica", en Acuña e Iván Molina Jiménez, *Historia económica y social de Costa Rica (1750-1950)* (San José: Editorial Porvenir, 1991), p. 207, y *passim*. Uno de los problemas con el uso selectivo de la evidencia es que este procedimiento siempre se vuelve contra sus usuarios: a lo largo de su ensayo, Quesada distingue la historiografía liberal de la socialdemócrata e identifica los trasfondos ideológicos de cada una. Sin embargo, en esta labor, Quesada se limita a seguir los planteamientos avanzados por Iván Molina en un artículo publicado en 1986 y reimpresso en el libro coeditado con Acuña y citado anteriormente (pp. 21-47). De esta forma, buena parte del ensayo de Quesada se basa en los aportes de uno de los nuevos historiadores al cual clasifica entre los más sospechosos ideológicamente, ya que de los autores citados, es aquel al cual más le cabe la acusación de haber sido premiado por escribirle la historia a la clase dominante costarricense.